

## Turismo sostenible: ¿mito o realidad?

### 1. Introducción

¿Puede el turismo ser sostenible? Antes de intentar responder a esta pregunta conviene hacer hincapié en lo que se entiende por *sostenible*, así como reflexionar sobre la naturaleza de la actividad turística. En general, se habla de desarrollo sostenible cuando el mismo permite satisfacer las necesidades del presente sin comprometer el futuro. Se trata, por tanto, de un objetivo más que de una realidad. Dicho objetivo sólo se puede alcanzar a largo plazo, mediante comportamientos acordes a través del tiempo. Cuantificar hasta qué punto la actividad económica es sostenible resulta complicado. Exige fijarse en cómo se está afectando al entorno (aire, agua y suelo) y a las criaturas que habitan en él, incluyendo al ser humano. El hecho de que este último sea juez y parte hace la tarea aún más difícil.

El concepto de sostenible pierde su atractivo si no constituye una estrategia global que obligue al conjunto de agentes que intervienen en la actividad económica, en especial a empresas y consumidores. Asimismo, es inútil hablar de desarrollo sostenible si se sigue pensando en el desarrollo como aprovechamiento a toda costa de los recursos naturales, utilizando la tecnología más *productiva*. El calificativo de sostenible puede crear la ilusión de que se ha encontrado una fórmula nueva para mantener las pautas de consumo imperantes sin sacrificar el consumo futuro. Un mundo sostenible exige cambios radicales de comportamiento frente al medio. Para algunos, esos cambios de comportamiento pueden implicar sacrificios que no están dispuestos a asumir.

Aunque todos los agentes económicos deban ser iguales ante la *ley de la sostenibilidad*, hay actividades que hacen un uso especialmente intensivo del medio ambiente. En estos casos, los principios que presiden la estrategia de desarrollo sostenible deben adquirir más relieve. La agricultura y el turismo son dos de esos sectores. Sin embargo, el que no se utilice directamente la naturaleza en la producción no significa que no se puedan causar daños graves e irreparables a la misma. Otros sectores, como la industria, la construcción y el transporte, aunque no siempre utilizan la naturaleza como un *input* directo, se valen del medio ambiente para completar o sustentar su proceso de producción. Ahí están las infraestructuras y los residuos de todo tipo para demostrarlo.

El turismo, a pesar de ser una actividad relativamente reciente, ha causado ya daños irreversibles al medio ambiente. Se han modificado los ecosistemas costeros mediante la urbanización intensiva.

**Alfonso Alba Ramírez**  
Universidad Carlos III de Madrid

Se han deteriorado zonas del interior por presiones especulativas sobre tierras agrícolas y forestales. El tráfico asociado con el turismo de masas contribuye a los ruidos y a la contaminación del aire. Las necesidades crecientes de agua han degradado o destruido acuíferos y zonas húmedas, dejando sin hábitat a la flora y la fauna acuática. Ciertas formas de vida tradicionales han perecido bajo la influencia demoledora de estilos de vida impuestos por promotores turísticos. En el fondo, el turismo lo que hace es agravar la causa última del deterioro del planeta: la presión humana sobre el medio.

En cuanto que el turismo supone un aumento de la población, aunque sea temporalmente, contribuye necesariamente a descompensar el ecosistema. Sin embargo, en tanto que la población visitante valore un medio ambiente de calidad, está proporcionando incentivos para un uso más sostenible o racional de los recursos naturales. El llamado ecoturista puede llegar a ser un inestimable aliado del ecologista, cooperando en fiscalizar las prácticas agresivas con el medio ambiente.

## 2. La conservación de la naturaleza como recurso económico

Thomas Malthus y David Ricardo consolidaron los fundamentos económicos de la idea de escasez: para consumir recursos escasos hay que pagar un precio. En tiempos de estos insignes economistas, el aire y, en alguna medida, el agua todavía podían presentarse como típicos ejemplos de bienes consumibles en cantidades ilimitadas sin necesidad de pagar por ello; formaban parte de un tipo de bienes llamados libres. Hoy, ni siquiera el aire es ya un bien libre. Respirar aire contaminado es el precio que tenemos que pagar por el progreso económico que requiere el uso de combustibles fósiles. El aire continuaría siendo un bien libre si se usara única y exclusivamente para respirar. Sin embargo, utilizamos el aire o la atmósfera para descargar los humos y gases de fábricas y motores. A cambio, recibimos lluvia ácida y efecto invernadero.

En la medida en que la contaminación se extiende al aire, agua y suelo se están causando daños económicos cuantificables. La muerte prematura de la flora y de la fauna constituye un indicador de la mala salud del medio ambiente. Las pérdidas económicas son dobles: los recursos que desaparecen y el coste en que hay que incurrir para restaurar el medio degradado. En este contexto, la conservación de la naturaleza surge como un recurso económico que exige el uso sostenible de

aquella. Conservar significa descartar ciertas formas de aprovechamiento del medio natural que conducen a su destrucción. La conservación resulta además económicamente racional en cuanto que la escasez hace que el valor de lo conservado aumente con el tiempo. Invertir en conservación de la naturaleza significa aumentar nuestras posibilidades de consumo en el futuro, amortiguando la presión sobre el precio de una demanda que crece continuamente.

No obstante, los argumentos económicos no son suficientes para respaldar una estrategia conservacionista sincera. Un ejemplo emblemático del conflicto entre conservacionismo y uso depredador de los recursos naturales es el caso del bosque húmedo de la costa noroeste de EE UU. El búho de pintas (*spotted owl*) se ha convertido en el símbolo de la lucha de los grupos ecologistas contra la industria maderera. Los empresarios de la madera, decididos a cortar los árboles más viejos por ser los más productivos, alegan la pérdida de empleo resultante de restringir su negocio. Para ellos, los árboles gigantes del bosque húmedo no son más que volúmenes maderables. Para los conservacionistas, sin embargo, la personalidad del bosque húmedo de la costa noroeste de EE UU radica en los árboles de más edad. Estos contribuyen a un complejo ecosistema que protege el suelo y los cursos de agua, limpia el aire contaminado y da cobijo al búho de pintas, entre otros seres vivos. Aunque el bosque es un recurso renovable, el ecosistema del bosque viejo desaparece con los árboles gigantes. Sólo conservando estos últimos puede salvarse el ecosistema asociado y su biota, en especial el búho de pintas.

Una estrategia conservacionista exige algo más que razones económicas, aunque razones no económicas puedan a la larga tener importantísimas implicaciones económicas. Aldo Leopold, un precursor del ecologismo, daba ya en 1949 una pista al referirse a una Ética de la Tierra. Tal ética «... refleja la existencia de una consciencia ecológica, y ésta refleja a su vez una convicción de responsabilidad individual por la salud de la tierra. Salud es la capacidad de la tierra para autorregenerarse. La conservación consiste en nuestro esfuerzo para comprender y preservar esta capacidad» (1).

Es cierto que la población en general es hoy más consciente de la necesidad de preservar el medio ambiente. El planeta Tierra aparece ante los ojos de un número creciente de personas como un ecosistema compartido por todos los moradores. Se reconoce, aunque a veces sólo sea en declaraciones de principio, los derechos a la supervivencia de todos y cada uno de los inquilinos de la

esfera terrestre. Los Estados del mundo y los políticos de diferentes ideologías organizan reuniones y hacen declaraciones sobre nuestro deber de respetar y mejorar el medio ambiente. Sin embargo, la realidad cotidiana es menos alentadora. Resulta difícil convencer a las comunidades locales y a sus gestores que conservar es productivo para ellos, que es algo *bueno*. A menudo conservar significa impedir la creación de nuevos puestos de trabajo o la supresión de actividades que emplean a personal. Por ejemplo: restringir los derechos de construcción en zonas de valor ecológico, limitar el uso de fertilizantes artificiales y plaguicidas en la agricultura, conservar o restaurar zonas húmedas que son o pueden ser utilizadas por la agricultura, establecer controles más estrictos sobre las obras públicas o el aprovechamiento de recursos mineros, restringir el uso del transporte privado, etc. Los frutos de la conservación del medio ambiente se ven lejanos y sus costes se perciben inmediatamente.

He aquí, pues, una clave para la estrategia conservacionista: a la gente le preocupa por encima de todo su puesto de trabajo y, además, es reticente a modificar sus pautas de consumo. En la medida en que la conservación de la naturaleza sea capaz de proporcionar medios de vida alternativos al uso destructivo de los recursos naturales, la gente estará más dispuesta a aceptar e incluso a ayudar a su conservación. Simultáneamente, la promoción de medios de vida alternativos para unos resulta difícil sin pautas de consumo coherentes en el conjunto de la población.

### 3. El ecoturismo: una promesa de uso sostenible del medio

El ecoturismo *puede* ser una forma de conectar conservación y empleo. Mantener retazos de naturaleza en su estado más o menos original invita a la contemplación de la fauna y la flora silvestre. Dicha contemplación constituye una experiencia única susceptible de aprovechamiento económico; al igual que ocurre con el disfrute del sol y la playa o la práctica del esquí, aunque con un talante diferente, esto es, ecológico.

El ecoturismo se ha definido como «...viajar a zonas relativamente intactas [...] con el objetivo específico de estudiar, admirar y disfrutar del paisaje y sus plantas y animales silvestres, así como de cualquier aspecto cultural (pasado y presente) del lugar [...]. La clave es que la persona que practica el ecoturismo tiene la oportunidad de adentrarse en la naturaleza de una manera que la mayoría de la gente no puede disfrutar en su vida urbana. Even-

tualmente, esta persona adquirirá una conciencia... que la convertirá en alguien comprometido con la protección de la naturaleza...» (2).

Esta definición de ecoturismo está concebida pensando en las zonas más remotas y vírgenes del planeta. En especial América Central y del Sur, África, y otros lugares donde la civilización y el desarrollo industrial han recorrido un camino relativamente corto o simplemente no han hecho acto de presencia todavía. En estas regiones del mundo, el ecoturismo se presenta como una fuente de riqueza que hace compatible la flora y la fauna salvaje con el aprovechamiento de los recursos naturales, proporcionando un medio de vida a sus habitantes. Los ideólogos del ecoturismo se apresuran a indicar que se trata de mucho más que turismo en zonas de alto valor ecológico. El ecoturismo conlleva la planificación, gestión y mejora de los recursos naturales disponibles. Se trata de hacer una contribución sustantiva a la conservación de los valores del entorno, fomentando una actitud comprensiva frente al medio ambiente en todos los agentes económicos.

El hecho de que el ecoturismo tenga su medio genuino para que se lleve a la práctica en los continentes americano y africano, no impide que sea una idea fructífera para el turismo en Europa y, especialmente, en España por su riqueza biológica. Una peculiaridad del ecoturismo es que ofrece una alternativa a la explotación no sostenible o ecológicamente negativa de los recursos naturales. Dicha alternativa tiende a ser más viable cuanto más necesidad hay de ella. A pesar de que la civilización llega a cada rincón y de que el desarrollo industrial ha destruido ecosistemas completos, aún perviven en Europa retazos de fauna y flora silvestre, algunos de ellos reconocidos oficialmente mediante la declaración de parques nacionales y parques naturales.

Lo esencial del ecoturismo es que requiere una actitud en el turista de más aprecio por los valores naturales. El turista, como consumidor, tiene en sus manos la posibilidad de hacer del turismo una actividad sostenible, discriminando a favor de los usos y prácticas coherentes con la idea de sostenibilidad. Contando con la disposición del cliente para demandar un producto de alto contenido medioambiental, puede darse el caso de que la demanda supere la capacidad de oferta. Las visitas a un parque natural pueden sobrepasar los niveles de uso compatibles con la conservación de la flora y la fauna. Ese riesgo probable de que la demanda de disfrute del patrimonio natural supere la oferta disponible se ha de prevenir. Los problemas de congestión pueden llegar a ser muy crónicos en un

contexto de aumento constante en la necesidad de contacto con la naturaleza. La impopularidad de racionar la demanda puede incitar a los gestores a llevar a los límites la presión sobre el medio natural.

Una estrategia razonable para prevenir los problemas de sobrecarga en el uso de un recurso consiste en racionarlo o, simplemente, aumentar su oferta. En este caso, el aumento de la oferta conlleva el incremento de la inversión en naturaleza. Una forma de hacerlo es mediante la conservación del patrimonio natural remanente. Sin embargo, la conservación se revelará insuficiente. Planes inteligentes de inversión en naturaleza deben volcarse en la restauración del patrimonio degradado o perdido. En España, buena parte de ese patrimonio natural ha perecido víctima de las llamas o del abuso de los recursos hídricos. Amplias extensiones de montes y de tierras que fueron zonas húmedas claman por su regeneración. Esta es la única forma de frenar la erosión y detener la pérdida acelerada de aguas subterráneas por vaciado o por salinización. Estos años de sequía deberían habernos enseñado a prestar más atención a las señales de alarma en el medio ambiente. Los regadíos no sólo no pueden continuar su progresión suicida, sino que tienen que retroceder significativamente. En contrapartida, aumentarían las posibilidades de restaurar zonas húmedas degradadas o transformadas.

Hacer realidad las promesas del ecoturismo en España pasa por regenerar nuestro patrimonio ecológico y cultural. Curiosamente, la ecología y la cultura corren a menudo la misma suerte. Por ejemplo, el saber hacer que permitía la práctica de la agricultura tradicional se pierde al mismo ritmo que desaparece la vida silvestre asociada a ella. El productivismo ha llevado al agricultor a olvidarse de la tierra y de sus constantes vitales, para confiar ciegamente en la química y en la biotecnología. La agricultura y el turismo, como se indicó anteriormente, son actividades intensivas en medio ambiente y por ello tienen muchos intereses comunes frente al fomento del turismo ecológico. El medio rural se convierte en el gran beneficiario del ecoturismo. Una planificación integrada de las actividades primarias, de la artesanía y del turismo de naturaleza debería proporcionar los incentivos necesarios para que cunda el espíritu conservacionista y restaurador entre los agricultores.

#### 4. Bases para una estrategia de turismo sostenible

Una estrategia de turismo sostenible no es posible sin la promoción de proyectos viables, cohe-

rentes y duraderos, los cuales han de contar con financiación adecuada. Esto requiere un esfuerzo conjunto de las instituciones financieras —fundamentalmente locales— y de la administración pública. Puesto que solamente las pequeñas y medianas empresas (de hostelería, por ejemplo) pueden ser plenamente compatibles con el turismo sostenible, y éste exige una perspectiva de rentabilidad a largo plazo, las dificultades para obtener la financiación adecuada pueden truncar iniciativas prometedoras. Es frecuente que el sector financiero desconfíe de los frutos del ecoturismo o que exija garantías que no están al alcance del pequeño empresario. En este contexto se hace necesaria la intervención de la administración pública que debe ser capaz de avalar un determinado proyecto cuando el mismo se ajusta a las líneas maestras de un supuesto plan de turismo sostenible. Aparte de esta función de aval, la administración podría eventualmente conceder ayudas que vayan ligadas a ciertas características del proyecto. Por ejemplo, subvenciones para construcciones bioclimáticas que hagan un uso más eficiente de la energía.

Otro aspecto fundamental para la promoción de proyectos de turismo sostenible es una planificación cuidadosa de las actividades turísticas y económicas en general. Aunque no se pueden prohibir aquellas empresas (turísticas y de otro tipo) que son claramente agresivas con el medio natural y destruyen la herencia cultural, las diferentes instancias de la Administración deberían ejercer un control estricto sobre sus actividades. El turismo sostenible es viable sólo si hay un uso acorde de los recursos naturales y se potencian los valores culturales de la población. La planificación, por tanto, no es más que una condición necesaria para la realización de proyectos viables, coherentes y duraderos.

La función que desempeñan las instituciones locales en la concepción y ejecución del ecoturismo es decisiva. La propia naturaleza de este turismo exige que las comunidades locales estén profundamente involucradas en su desarrollo. La autoridad local conoce la realidad socioeconómica del municipio y por tanto está en una posición que le permite crear las instituciones apropiadas. Un elemento clave para contribuir a la protección del medio ambiente es la educación general —y en especial la educación medioambiental—. No se puede olvidar tampoco que la construcción de infraestructuras no debe entrar en contradicciones con el patrimonio natural. Una política local coherente es algo inusitado por la frecuente falta de coordinación entre los distintos ayuntamientos de

una misma comarca. Tampoco se puede olvidar el importante servicio que presta a la comunidad en general una información regular y transparente sobre los problemas de la gestión local o comarcal.

El compromiso con una estrategia global requiere una consciencia clara de la situación de partida y de los objetivos que se persiguen. El turismo sostenible es exigente con todos los agentes económicos. Es primordial concebir el medio como un ecosistema en el que se dan una serie de equilibrios parciales que contribuyen a un equilibrio más general. Los comportamientos aberrantes van a ser especialmente visibles por sus efectos en cadena sobre el conjunto del sistema. Cuando no ha sido posible prevenir tales comportamientos, su aparición debe producir reacciones inmediatas en la comunidad. Asimismo, cuando todo un modo de vida se pone en peligro por agentes que buscan el beneficio inmediato, a costa de usos más solidarios de los recursos naturales, la autoridad debe actuar con rigor. Las instituciones deben ser capaces de implantar los mecanismos de salvaguardia necesarios frente a los comportamientos abusivos.

## 5. Conclusiones y recomendaciones

El turismo sostenible tiene mucho que ver con la idea de ecosistema. Todos los elementos que forman parte de ese ecosistema constituyen la base para el desarrollo de la actividad turística. En otras palabras, el respeto al medio ambiente, la fauna, la flora y el mantenimiento de explotaciones agrícolas y ganaderas tradicionales son requisitos necesarios para la industria del turismo sostenible. Una estrategia de aprovechamiento de los recursos turísticos a largo plazo exige una consciencia clara por parte de las instituciones locales y regionales de las posibilidades y limitaciones de la industria turística.

La clave del turismo sostenible está en la demanda. De poco sirve una estrategia de desarrollo turístico sostenible si no se cuenta con un consumidor consciente del producto adecuado. El ecoturista es alguien que aprecia los valores ecológicos, disfruta de la belleza natural y desea aprender del entorno que visita. Es un turista, pues, que rechaza el aislamiento de los grandes centros de vacaciones, rehúye el servicio despersonalizado y se alía con los defensores de la naturaleza. Al mismo tiempo, su sensibilidad hacia la naturaleza y la cultura le compromete a respetar y a proteger todo aquello que contribuye a enriquecer su experiencia viajera.

Una demanda de estas características puede ser satisfecha únicamente mediante una oferta coherente. El compromiso del propio turista con el entorno exige su contrapartida por el lado del empresario que utiliza ese entorno como recurso turístico. A través de la solidaridad del turista y del empresario frente al propio recurso turístico, éste mejorará en lugar de deteriorarse. Como una vía para garantizar la inversión en esa mejora, se debería fomentar la creación de fundaciones de ámbito local o provincial. El objetivo de tales fundaciones debería ser promover todas aquellas actuaciones que contribuyan a mejorar el producto turístico tal como se concibe desde el turismo sostenible. Su financiación debería ser posible a través de contribuciones obligatorias por parte de todas las empresas cuyo negocio depende del turismo. □

## NOTAS

- (1) Aldo Leopold: *A Sand County Almanac and Sketches Here and There*, Oxford University Press, 1949.
- (2) Ceballos-Lascurain, H.: «The Future of Ecotourism», *Mexico Journal*, enero 1988. Citado en K. A. Ziffer: «Ecotourism: The Uneasy Alliance», *Conservation International*, 1989.